Mi caminar con Ignacio Ellacuría

Jon Sobrino
Santa Tecla, El Salvador

1. Ignacio Ellacuría, un ser humano

Mi buen amigo Héctor Samour me pidió participar en el Coloquio internacional conmemorativo de los 30 años del asesinato de Ignacio Ellacuría¹. Mi primera respuesta fue que ya he hablado y escrito suficientemente sobre Ellacuría y que no tengo nada nuevo que decir, y menos en un encuentro, organizado por dos instituciones que se dedican a tareas específicas. Una, a la *filosofía*. La otra, al *análisis de la realidad política y social*. Mi amigo insistió y acepté. Después, al recibir la invitación oficial, caí en la cuenta de que el encuentro pretendía más en concreto *poner al día y evaluar la vigencia del pensamiento* de Ellacuría.

Hablando con sinceridad, no me creo suficientemente capacitado para ninguna de las dos cosas. En lo que voy a decir no pretendo, pues, poner al día el pensamiento de Ellacuría, ni evaluar su vigencia. Me voy a concentrar en el ser humano Ignacio Ellacuría, tal como lo conocí, con quien conviví, trabajé, gocé y padecí quince años, en comunidad con otros jesuitas, cinco de ellos asesinados con él. Con Ellacuría, aunque cada uno lo hizo por su cuenta, tuve serias dudas sobre Dios y con él recé a Dios, tema del que no se suele hablar.

El Ellacuría pensante y científico, ciertamente, me impactó. De él aprendí muchas cosas, y a través de él, como por ósmosis, también creo que aprendí algunas cosas de Zubiri. Y pienso que él también aprovechó algo de lo que yo pensaba. Voy a intentar ilustrarlo recordando dos cosas. Una es que, sin que yo se lo propusiera, le impactó mucho el *reino de Dios*, algo que traía de mis estudios en Alemania y de lo que hablé con frecuencia en las clases. Ellacuría me vino a preguntar sobre el tema, podemos decir que *personalmente*. De hecho,

1. El Coloquio se celebró en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, el 21 de noviembre de 2019. La primera versión de mi intervención apareció en *Realidad*, 155 (2020), 137-151.

en un encuentro de teólogos, en Córdoba, en 1989, dijo que “lo mismo que Jesús vino a anunciar y realizar, esto es, el reino de Dios, es lo que debe constituirse en el objeto unificador de toda teología cristiana, así como de la moral y de la pastoral cristiana: la mayor realización posible del reino de Dios en la historia es lo que deben perseguir los verdaderos seguidores de Jesús”.

Asimismo, reaccionó con sorpresa y aprobación ante mi audacia de añadir a su estupenda tríada de “hacerse cargo de la realidad”, “encargarse de la realidad” y “cargar con la realidad”, una cuarta dimensión: “dejarse cargar por la realidad”. Saqué el tema en la defensa de una tesis sobre Zubiri, en la que él era el presidente del tribunal y yo un miembro. A la hora de las preguntas, consulté al candidato qué decía Zubiri de la gracia. Ellacuría se volvió y me vio con un cierto aire de sorpresa. Pensé que mi pregunta tenía sentido. Y que la *gracia* bien podía formularse en lenguaje de lo humano como un “dejarse cargar por la realidad”.

He comenzado con estos recuerdos para expresar una convicción fundamental. Ellacuría era, indudablemente, superior en ciencia y en conocimientos. Sin embargo, ambos nos movíamos en el *ámbito de lo humano, en lo que es importante* para los seres humanos. En lo dicho está en juego *cómo debe ser este mundo según Dios (el reino)* y qué aporta el ser humano y qué aporta Dios (*la gracia*).

Esa *humanidad primaria* es lo que más me impactó de Ellacuría. Su humanidad se expresaba en su pensar, en su lucha por la justicia y los derechos humanos, y, más específicamente, en la *defensa* de los oprimidos, *en contra de sus opresores*. Por cierto, así habla Puebla de la opción de Dios por los pobres: “Dios busca su defensa” “y los ama”.

Muchas veces me han pedido participar en encuentros sobre Ellacuría y, si mal no recuerdo, siempre he aceptado. Y por tener delante al Ellacuría ser humano, quizás siempre me he fijado en aspectos que no suelen ser los habituales en esos encuentros. Esto, obviamente, no quiere decir que mis reflexiones sean mejores, ni más útiles que las de los otros. Sí pienso que son necesarias y ojalá sean útiles. Por ejemplo, en 1999, en un libro que recogía artículos importantes sobre la persona de Ellacuría, me pidieron escribir el prólogo y me vino a la mente un tema que los artículos no trataban: *la fe de Ellacuría*. Al escribir el prólogo, completé esa formulación al agregar: “Monseñor Romero y *la fe de Ignacio Ellacuría*”.

En 2010, escribí un artículo que titulé “El Ellacuría olvidado. Lo que no se puede dilapidar”. Y mencioné tres cosas: el pueblo crucificado es siempre “el” signo de los tiempos; la salvación viene de abajo, en especial, “la civili-

zación de la pobreza”; y “con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Recuerdo una vez que, al analizar cómo se puede diagnosticar la enfermedad de la realidad, citando al mismo Ellacuría, usé el término *coproanálisis*, examen de heces. Después de la conferencia, oí que alguien comentaba, sin maldad y con gracejo, pero con sorpresa: “Total, nos hemos enterado de que Ellacuría habló de coproanálisis”.

Y antes de continuar, quiero decir que del Ellacuría ser humano, mucho me impactó el Ellacuría jesuita, discípulo de san Ignacio y seguidor de Jesús. El Ellacuría que vivió largos años a vueltas con Dios. Y en los últimos años, esa es mi convicción, el Ellacuría convertido por Mons. Romero.

2. Caminar jesuánicamente

A estos recuerdos personales quiero agregar ahora lo que, en mi opinión, es “un” caminar como Dios manda, desde mi experiencia con Ellacuría. No me suele venir a la mente el atinado y hondo *caminar existencial y creador*, de Antonio Machado. Me gusta cómo lo canta Joan Manuel Serrat: “Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más; / caminante, no hay camino, / se hace camino al andar”. Más bien, pienso en el *caminar jesuánico*, de Pedro Casaldáliga:

Camino que uno es,
que uno hace al andar.
Para que otros caminantes
puedan el camino hallar.
Para que los atascados
se puedan reanimar.
Para que los muertos
no dejen de estar.

Don Pedro comparte con Machado que el caminante se enfrenta, solo, sin un camino programado, con el caminar. Pero a diferencia de Machado, insiste en lo que debe pretender el caminante: “Que otros caminantes puedan el camino hallar. / Que los atascados se puedan reanimar. / Que los muertos no dejen de estar. / Así desearía que fuese ‘mi’ caminar”.

3. Con Ignacio Ellacuría

Aquí quiero añadir tres aspectos sobre el ser humano Ignacio Ellacuría, a quien conocí y con quien quisiera caminar. Con cierta frecuencia hablábamos de teología y, alguna vez, de filosofía. También de cosas personales. Algunas

veces me corrigió con sensatez y acierto. A veces aprobaba lo que hacía, incluso con alguna alabanza. Por mi parte, le llamé la atención muy pocas veces, lo cual aceptó con naturalidad. Le agradecí cuánto aprendí de su modo de hacer teología.

El primer aspecto es su “*conversión*”. El proceso no fue lineal, pasó por tres momentos. El primero se caracteriza por un *cambio importante en su temperamento*. Le oí contar, una vez superada esa etapa, que como estudiante jesuita tuvo discusiones fuertes con sus superiores, en concreto, con el rector del teologado de Innsbruck, a comienzos de la década de 1960. Más tarde, en Madrid, mientras preparaba el doctorado en filosofía con Zubiri, un jesuita en autoridad, al ver los revuelos que causaba entre los estudiantes de la Universidad de Comillas, le preguntó: “¿no ha pensado usted en dejar la Compañía?”. A lo cual Ellacuría respondió con otra pregunta: “Yo no. ¿Y usted?”. Podía ser adusto sin contemplaciones. Y a veces, podía ser tan firme en sus convicciones y sus decisiones, que se mostraba duro y prepotente.

Por otra parte, también podía ser buen amigo y aun cariñoso. Era dado a defender a los jesuitas, cuando eran atacados por los poderosos de la derecha o cuando eran incomprendidos dentro de la Compañía, por defender causas justas, lo cual generaba alboroto en las comunidades. En cualquier caso, evitó ser injusto, pues no deseaba mal a nadie. Con los años, los excesos se moderaron y las aristas se limaron, sobre todo, su dureza y su prepotencia.

Ya en El Salvador, donde vivió y trabajó, entre finales de la década de 1960 y finales de la de 1980, ocurrió un cambio. Para ser más preciso, diría que cambió en dos momentos, que se corresponden con dos épocas. La segunda tiene mayor profundidad personal que la primera. Y no fue solo, conviene insistir en ello, un cambio de temperamento.

En la primera época, entre 1968 y 1977, Ellacuría, como ser humano, jesuita y cristiano, hizo una opción por los pobres, una opción radical por la justicia, y luchó contra la injusticia, que empobrecía a las mayorías. Defendió la legitimidad de la huelga de maestros de 1971, sobre la cual la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA) publicó un libro poco después: *Análisis de una experiencia nacional* (San Salvador, 1971). Denunció el fraude electoral de 1972, sobre lo que, junto con otros, publicó el libro *El Salvador: año político 1971-1972* (San Salvador, 1973). En 1976, defendió la reforma agraria y cuando esta fracasó, escribió su conocido editorial “A sus órdenes mi capital” (*ECA*, 337, 1976, 637-643). En todo ello estaba muy presente el Ellacuría pensador, filósofo y teólogo.

En 1977, a raíz del asesinato del jesuita Rutilio Grande, Ellacuría entró en la *segunda época*, en la cual el cambio llegó a ser muy radical. Por eso, hablo de *conversión*, al igual que cuando me refiero a Mons. Romero. Noté que hablaba de Dios de una manera diferente. Desde el Dios que avizó con Mons. Romero, profundizó y radicalizó su opción por el pueblo y por la justicia, y su disposición a que le dieran muerte en el empeño.

Las muestras visibles de esa conversión son abundantes. Las resumo en tres afirmaciones: Ellacuría puso a Mons. Romero en estrecha relación con Dios, fue llevado por su fe y lo veneró hasta el final de su vida. En 1985, reconoció públicamente la superioridad de Mons. Romero sobre la UCA y sobre él mismo. En esa ocasión, dijo que “él era la voz, nosotros el eco”. Ellacuría no era solo una gran persona, muy capaz, ciertamente, con una gran inteligencia, tenaz, audaz y excepcional. A esas cualidades hay que agregar que, en convivencia con los pobres, las víctimas y los mártires salvadoreños y con Mons. Romero, *se convirtió*.

La primera señal de esa conversión es haber puesto a *Mons. Romero en estrecha relación con Dios*. En una ocasión, escribió que era “difícil hablar de Monseñor Romero sin verse forzado a hablar del pueblo”. Y así lo hizo. Siguiendo la lógica de esa formulación, puedo afirmar ahora que para Ellacuría fue “difícil hablar de Monseñor Romero sin verse forzado a hablar de Dios”. Tres textos bastan para comprobarlo. El primero se encuentra en una carta que escribió a Mons. Romero el 9 de abril de 1977, cuando este comenzaba su ministerio arzobispal. El segundo proviene de un artículo de *Razón y fe*, escrito pocos meses después del asesinato del arzobispo. El tercero y el más radical se encuentra en la homilía que pronunció en el funeral de Mons. Romero, en la UCA.

En estos textos, Ellacuría relaciona explícitamente a Mons. Romero con la realidad de Dios. La mención es distinta a las que solía hacer. En este caso, habla de Dios *a secas*, como si no quisiera tergiversar o disminuir su realidad, hablando del Dios bíblico, ni siquiera del Dios de Jesús. Aunque en el último texto, al final, se lee “el Dios salvador, el Dios liberador”. En estos textos, Ellacuría no se limita a relacionar a Mons. Romero con Dios *a secas*, sino que, además, lo justifica, trayendo a cuenta una serie de datos que expresan *lo cristiano* de su praxis, una expresión que le gustaba usar.

A continuación recojo en lo sustancial lo que dije ante un grupo de estudiosos del pensamiento de Ellacuría, reunidos en San Salvador, el 12 de agosto de 2013, y lo que escribí en mi libro *Conversaciones con Jon Sobrino* (Madrid, 2018).

El primer texto, la carta que Ellacuría escribió a Mons. Romero desde Madrid, comienza de la siguiente manera: “Desde este lejano exilio quiero mostrarle mi admiración y respeto”. Enseguida, menciona los tres aspectos que son motivo de su admiración y respeto, en los cuales percibe *lo cristiano*.

El *primer* aspecto que me ha impresionado es el de *su espíritu evangélico* [...] Esto me hace ver un *segundo* aspecto: el de un claro discernimiento cristiano [...] El *tercer* aspecto lo veo como una conclusión de los anteriores y como su comprobación. En esta ocasión y apoyado en el martirio del padre Grande, usted ha hecho Iglesia y ha hecho unidad en la Iglesia. Bien sabe usted lo difícil que es hacer esas dos cosas hoy, en San Salvador. Pero la misa en la catedral y la participación casi total y unánime de todo el presbiterio, de los religiosos y de tanto pueblo de Dios muestran que en esa ocasión se ha logrado. No ha podido entrar usted con mejor pie a hacer Iglesia y a hacer unidad en la Iglesia dentro de la arquidiócesis. No se le escapará que esto era difícil. Y usted lo ha logrado. Y lo ha logrado no por los caminos del halago o del disimulo, sino por el camino del evangelio: siendo fiel a él y siendo valiente con él. Pienso que mientras usted siga en esta línea y tenga como primer criterio el espíritu de Cristo martirialmente vivido, lo mejor de la Iglesia en San Salvador estará con usted y se le separarán quienes se le tienen que separar. En la hora de la prueba se puede ver quiénes son fieles hijos de la Iglesia, continuadora de la vida y de la misión de Jesús, y quiénes son los que se quieren servir de ella. Me parece que en esto tenemos un ejemplo en la vida última del padre Grande, alejada de los extremismos de la izquierda, pero mucho más alejada de la opresión y de los halagos de la riqueza injusta, que dice san Lucas.

Ellacuría concluyó: “He visto en la acción de usted *el dedo de Dios*”. Difícil saber por qué usó estas palabras, cuando pudo usar otras. En cualquier caso, Mons. Romero hizo que “se viese movido y aun forzado a hablar de Dios”, y que viera en Monseñor a alguien “valiente con el evangelio”.

Los textos siguientes insisten en el martirio de Mons. Romero, en que trajo salvación y en que ha sido gracia para el pueblo. Ellacuría describió su martirio de la manera siguiente:

Un 24 de marzo, caía ante el altar Monseñor Romero. Bastó con un tiro al corazón para acabar con su vida mortal. Estaba amenazado hacía meses y nunca buscó la menor protección. Él mismo manejaba su carro y vivía en un indefenso apartamento adosado a la iglesia donde fue asesinado. Lo mataron los mismos que matan al pueblo, los mismos que en este año de su martirio llevan exterminadas cerca de diez mil personas, la mayor parte de

ellas jóvenes, campesinos, obreros y estudiantes, pero también ancianos, mujeres y niños que son sacados de sus ranchos y aparecen poco después torturados, destrozados, muchas veces irreconocibles. No importa determinar quién fue el que disparó. Fue el mal, fue el pecado, fue el anticristo, pero un mal, un pecado y un anticristo históricos, que se han encarnado en unas estructuras injustas y en unos hombres que han elegido el papel de Caín. Solo tuvo tres años de vida pública como arzobispo de San Salvador. Fueron suficientes para sembrar la palabra de Dios, para hacer presente en su pueblo la figura de Jesús; fueron demasiados para los que no pueden tolerar la luz de la verdad y el fuego del amor.

Estas palabras no necesitan mayor comentario. Son Ellacuría puro. Comienza con la pasión y sigue con el quehacer del arzobispo mártir, que expresa densamente con una formulación muy querida para él: “lo que hizo Monseñor fue traer salvación a su pueblo”. “No trajo salvación como un líder político, ni como un intelectual, ni como un gran orador”, sino anunciando y realizando el evangelio. Lo encarnó plenamente y puso a producir su fuerza histórica. Comprendió, “de una vez por todas”, dice Ellacuría con fuerza,

que la misión de la Iglesia es el anuncio y la realización del reino de Dios, que pasa ineludiblemente por el anuncio de la buena nueva a los pobres y la liberación de los oprimidos. Monseñor buscó y trajo una salvación real del proceso histórico. Habló a favor del pueblo para que él mismo construyese críticamente un mundo nuevo, en el cual los valores predominantes fueran la justicia, el amor, la solidaridad y la libertad.

Esto es, precisamente, lo que no es habitual en la Iglesia. Por tanto, estas líneas son también una crítica.

Ellacuría vio en Mons. Romero don y gracia. “Fue un enviado”, no un mero producto de nuestras manos. Se convirtió, no para todos por igual, en el gran “regalo de Dios”, uno muy especial.

Los sabios y prudentes de este mundo, eclesiásticos, civiles y militares, los ricos y poderosos de este mundo decían que hacía política. Pero el pueblo de Dios, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón, los pobres con espíritu, sabían que todo eso era falso [...] Nunca habían sentido a Dios tan cerca, al espíritu tan aparente, al cristianismo tan verdadero, tan lleno de gracia y de verdad.

Todo ello le ganó el amor del pueblo oprimido y el odio del opresor. Le ganó la persecución, la misma persecución que sufría su pueblo. Así murió y por eso lo mataron.

Personalmente, pocas palabras de Ellacuría, incluso de Mons. Romero, me han impactado como estas. Los pobres “nunca habían sentido a Dios tan cerca”. Por eso, dijo también que “Monseñor Romero fue un enviado de Dios para salvar a su pueblo”.

El pensamiento de Ellacuría sobre Mons. alcanzó su punto culminante en sus conocidas palabras: “Con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Las pronunció en la homilía del funeral que tuvimos en la UCA. Ellacuría se expresa con máxima radicalidad lingüística y conceptual: con Mons. Romero, Dios se hizo presente en la historia salvadoreña, al igual que con Jesús de Nazaret, Dios pasó por Galilea y Judea. En estas palabras hay genialidad de pensamiento difícil de igualar. Estas palabras pueden extrañar y sorprender a los creyentes. Así como también el impacto de Mons. Romero en Ellacuría puede extrañar a los no creyentes. Tal vez parezcan poco científicas y universitarias, aunque son teológicas. Quizás no suenen muy religiosas y piadosas o alejadas del lenguaje de Calcedonia. Pero expresan verdad y son fructíferas.

Ellacuría vio en la historia de Monseñor una ultimidad y una radicalidad que no encontró en ninguna otra realidad, incluidas la verdad y la libertad, la democracia y el socialismo. Vio que el paso de Dios en Monseñor producía bienes personales y, novedosamente, bienes sociales difíciles de conseguir, y una vez conseguidos, difíciles de mantener. Producía justicia sin ceder ante la injusticia. Producía defensa y liberación de los oprimidos. Producía compasión y ternura hacia los indefensos. Producía verdad sin componendas, no aprisionada por la mentira, ni por el eterno peligro de ceder a lo políticamente correcto. Y mantenía una esperanza que no muere...

A Ellacuría, Monseñor le habló de un Dios de pobres y mártires, ciertamente, liberador, exigente, profético y utópico. En una palabra, le habló de lo que en Dios hay de “más acá”. Pero también de lo que en Dios hay de inefable, no adecuadamente historizable, de lo que en Dios hay de “más allá”, de misterio insondable y bienaventurado.

Y a quien la voz “Dios” le resulte extraña, piense en otras palabras de Ellacuría: “Lo último de la realidad es el bien y no el mal”. Eso es lo que con Mons. Romero pasó por El Salvador.

Otra señal de la conversión de Ellacuría es que quiso caminar, pienso que sin decírselo a sí mismo explícitamente, con y como Mons. Romero. Aun cuando en estas dimensiones solo se puede entrar de puntillas, pienso que su ilusión fue creer como él. Si bien Ellacuría no era dado a hablar de estos temas, eso es lo que pude captar, con más claridad después del asesinato del arzobispo.

No fue siempre así. Los años anteriores a 1977 fueron de desencuentro. Baste una muestra. En 1974, Mons. Romero escribió, por encargo de la conferencia episcopal, una recesión del libro de Ellacuría *Teología política*. La recensión fue crítica, a partir de argumentos teológicos de los años cuarenta. El gran ausente era Medellín. En cualquier caso, estaba escrita con respeto y educación, lo cual no ocurría siempre cuando escribían los obispos. Ellacuría, a su vez, criticó a Monseñor. En teoría, aceptaba a Medellín, por tratarse de un documento de la jerarquía eclesiástica, pero no parecía sentirse cómodo con su teología y mucho menos con las teologías latinoamericanas que estaban detrás del texto. Mons. Romero no solo expresó su desconfianza respecto a Medellín, sino también criticó al clero, los seminaristas, las comunidades y también a la UCA, por intentar ponerlo en práctica.

A raíz del asesinato de Rutilio Grande, el 12 de marzo de 1977, acontece claramente un cambio, que permite hablar de “la conversión” de Mons. Romero. También Ellacuría cambia. Percibí en él un inicio de conversión. A partir de entonces, ambos coincidieron cada vez más en el análisis de la realidad salvadoreña y en lo que debía ser el seguimiento de Jesús y la praxis de la Iglesia. El fundamento de ese encuentro era la comprensión de Dios como Dios de vida en lucha con los ídolos de muerte. Me parece que la relación entre ellos llegó a ser muy cercana. En el caso de Ellacuría, a quien conocí más de cerca, su relación con Monseñor fue entrañable. Incluso llegó a tenerle veneración.

En sus propias palabras, pienso que deseaba ser discípulo de Monseñor. Este se le “apareció” (*opthe*), cuando tenía 47 años de edad y diez de trabajar en la UCA. Uso conscientemente la voz “aparecer”, clave en los relatos de las apariciones del resucitado, para expresar, con las reservas del caso, lo que hubo de inesperado. No sé cuánto de desorientación, pero, ciertamente, mucho de bienaventurado.

Este no fue el primer encuentro de Ellacuría con personas que consideró maestros, mentores o padres en el espíritu: Miguel Elizondo, en el noviciado, en San Salvador; Aurelio Espinosa Polít, en el estudio de las humanidades, en Quito; Ángel Martínez Baigorri, el poeta vasco-nicaragüense, también en Quito; Karl Rahner, en los estudios de teología, en Innsbruck; y Xavier Zubiri, en España, con quien estudió filosofía, elaboró su tesis doctoral y luego fue su colaborador intelectual más cercano. De varias maneras, fue también su inspirador hasta su muerte.

Ellacuría les agradeció a todos ellos y en todos ellos reconoció superioridad en el quehacer intelectual. En el caso de Zubiri, con claridad. Asimismo, de alguna manera, podía considerarse también “colega” de quienes habían sido sus mentores. Sin embargo, nunca se consideró colega de Mons. Romero. Este fue un referente que *iba delante*. Solía decir que “Monseñor ya se nos había adelantado”.

En 1985, Ellacuría reconoció pública, explícita y solemnemente, la superioridad de Mons. Romero sobre la UCA. El 22 de marzo, a los cinco años de su martirio, esta le concedió el doctorado póstumo *honoris causa* en teología. En el importante discurso que pronunció en esa ocasión, contestó a la acusación que alegaba que la UCA había manipulado a Mons. Romero. Más allá de eso, declaró públicamente la importancia de Monseñor para la UCA y su superioridad sobre ella.

Se ha dicho malintencionadamente que Monseñor Romero fue manipulado por nuestra universidad. Es hora de decir pública y solemnemente que no fue así. Ciertamente, Monseñor Romero pidió nuestra colaboración en múltiples ocasiones, y esto representa y representará para nosotros un gran honor, por quien nos la pidió y por la causa para la que nos la pidió [...], pero en todas esas colaboraciones, no hay duda de quién era el maestro y de quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y de quién era el seguidor, de quién era el animador y de quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco.

De esa manera, Ellacuría confesó humildemente, cosa a la que no era muy dado, y agradecidamente, a lo que sí era dado, la deuda de la UCA con Monseñor. Ciertamente, le impactó, al igual que a muchos otros, su profecía y su denuncia, su compasión y su esperanza, su cercanía con los pobres y su lucha por la justicia, su disponibilidad a que le arrebataran la vida y su fidelidad hasta el final, sin que ningún riesgo o amenaza lo desviara. En este último punto, en contra de lo que algunos amigos de Mons. Romero decían, Ellacuría aprobó los riesgos que este asumía. En varias ocasiones le oí insistir en que “Monseñor debe aceptar correr esos riesgos. Es lo que debe hacer”.

No obstante, pienso que el impacto más novedoso y poderoso se lo produjo su fe. La fe de Mons. Romero suponía, de alguna forma, una discontinuidad mayor. Pienso que en él descubrió algo diferente y superior, tanto cuantitativa como cualitativamente. No lo empujé, pero le ayudaba a saberse y a ubicarse mejor como ser humano. Este descubrimiento puedo reformularlo, con sencillez y algo de audacia, diciendo que Ellacuría fue “discípulo de Mons. Romero en la fe”. Más todavía, “Ellacuría fue llevado en la fe y por la fe de Monseñor”.

En 1969, en una reunión en Madrid, le oí decir que “Rahner lleva con elegancia sus dudas de fe”, con lo cual quería decir, esa es mi convicción, que para él, la fe tampoco era algo obvio. En realidad, aquellos fueron años recios para la fe, la mía y la de otros compañeros, incluso profesores. Al igual que muchos otros, en esos años, pienso que Ellacuría anduvo *a vueltas con Dios*. En palabras de la Escritura, luchó con Dios, como Jacob. Años después y sin

él proponérselo, Mons. Romero lo impulsó y lo capacitó para colocarse altivamente y para mantenerse ante el misterio último de la realidad.

A Ellacuría lo impresionó profundamente cómo Mons. Romero se remitía a Dios, no solo en la reflexión y la predicación, sino también en la realidad más profunda de su vida. Dios era para él absolutamente real. Ellacuría vio que, con ese Dios, Mons. Romero humanizaba a las personas y traía salvación a la historia. De esa manera, su fe se le impuso como algo bueno y humanizador. Se alegraba de que Monseñor fuera un hombre de fe y de que esa fe fuese contagiosa. Algo de esa fe se le pegó a Ellacuría, solo Dios sabe cuánto. Indudablemente, el misterio cobró novedad y cercanía.

Este Ellacuría mencionaba con toda naturalidad a “Dios” para dar fuerza a una idea, aun cuando no era necesario hacerlo. Así, por ejemplo, en una dura crítica escribió: “todo importa más que escuchar realmente la voz de Dios que [...] se escucha en los sufrimientos como en las luchas de liberación del pueblo”. Más allá de temas concretos, remitiéndose al pensar y al sentir de Mons. Romero, Ellacuría hablaba con naturalidad de la trascendencia. A continuación cito un texto significativo, porque incluye varios temas importantes y culmina, precisamente, con la trascendencia de Dios.

Monseñor Romero nunca se cansó de repetir que los procesos políticos, por muy puros e idealistas que sean, no bastan para traer a los hombres la liberación integral. Entendía perfectamente aquel dicho de san Agustín que para ser hombre hay que ser “más” que hombre. Para él, la historia que solo fuese humana, que solo pretendiera ser humana, pronto dejaría de serlo. Ni el hombre, ni la historia se bastan a sí mismos. Por eso, no dejaba de llamar a la trascendencia. En casi todas sus homilías salía este tema: la palabra de Dios. La acción de Dios rompiendo los límites de lo humano.

Monseñor Romero vino a ser para Ellacuría como el rostro del misterio, que asoma en nuestro mundo. Aquel le ofrecía, con exquisita delicadeza, aquello en lo que era eximio y en lo que los demás somos mucho más limitados. Un día, en 1983, al regresar de su segundo exilio y estando la comunidad refugiada en la residencia de la Iglesia del Carmen, en Santa Tecla, Ellacuría presidió la eucaristía y nos habló del “Padre celestial”. Ese no era un lenguaje muy suyo. El Ellacuría cerebral y crítico nos quiso decir algo importante y bueno con esas palabras.

Pasó también por momentos de oscuridad. Nunca cayó en la desesperación, siempre se le ocurría cómo seguir trabajando. Sin embargo, a veces, sentí en él cierto malestar personal. El país no iba por buen camino y él no encontraba un asidero seguro para luchar a favor del diálogo. Una vez, como de pasada, me dijo: “solo queda la estética”. Otra vez me dijo: “Ya ni el Athletic”, en referencia al Athletic club de Bilbao, el equipo por el cual la mayoría de los vascos sienten pasión.

Al igual que Mons. Romero, Ellacuría se tomó en serio la posibilidad de una muerte violenta. No hablaba de ello, pero era muy consciente de esa posibilidad. Meses antes de su asesinato, me dijo: “ahora que trabajo por el diálogo y la negociación, mi vida corre más peligro que cuando me tenían por izquierdista y revolucionario”. En otra ocasión, comentó: “me han dicho que el dolor de un disparo solo dura veinte segundos”. En medio de estas experiencias personales sobre el sentido y sinsentido de la vida, Ellacuría siguió luchando.

El talante de constatar y desenmascarar la negatividad de la realidad lo acompañó hasta el final de su vida. En su último discurso, el 6 de noviembre de 1989, al recoger en Barcelona el premio Comín, dijo: “nuestra civilización está gravemente enferma y [...] para evitar un desenlace fatídico y fatal, es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma”. De ahí, la imperiosa necesidad de *revertir la historia*. Sin embargo, Ellacuría insistió siempre, hasta el final, que en la negatividad puede haber un principio de salvación. Repetidas veces escribió sobre la salvación que traen el siervo de Yahvé, sufriente y destrozado, los mártires asesinados y la Iglesia de pobres y oprimidos.

En el discurso de Barcelona, se remitió a lo que está abajo en la historia para sanar a la sociedad enferma. “Solo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”.

4. Ignacio Ellacuría, una antorcha

En el cartel de aniversario de los mártires de la UCA de 2019, se lee que “llenar de luz la historia”. Está muy bien dicho, pero prefiero hablar de ellos como una *antorcha*. Una cosa es descubrir la verdad enterrada vilmente por la mentira y otra, desentramarla de la multitud de intereses empeñados en que no salga a la luz. En el primer caso, puede bastar una lámpara que ilumine lo escondido. En el segundo, es necesaria una antorcha que ilumine y arda para mover el corazón y eliminar aquello que impide ver.

La antorcha surge cuando la persona es extremadamente lúcida en sus juicios sobre la realidad, sobre cómo encargarse de ella, sobre cómo hay que cargar con ella y cómo dejarse cargar por ella. Entre nosotros, Rutilio Grande y Mons. Romero fueron antorchas. También lo fue Ignacio Ellacuría. Y de diversa forma, Rufina Amaya, mártir sobreviviente de la masacre en El Mozote.

En sus últimos años, Ellacuría formuló tres tesis, que expresan la lucidez y el vigor de la antorcha. Las recuerdo muy brevemente. La primera es “la necesidad de una tercera fuerza”, una tesis que enunció en una cátedra de realidad nacional. No gustó a la derecha, lo cual era comprensible, pero tampoco a la

izquierda. Según ella, Ellacuría había caído en el “tercerismo”, entre el capitalismo y el socialismo. Pero por tercera fuerza entendió una fuerza social, en la que todos, al menos un grupo numeroso, coincidiera en una sola cosa: ni un muerto más.

Ellacuría buscó reunir voluntades que quisieran que la guerra y la muerte terminaran. En lo demás, cada una podía mantener sus ideas y utopías. La idea me pareció genial, una característica suya. A pesar de las críticas de uno y de otro lado, no cedió. En ese mismo sentido, Mons. Romero denunció que lo más dramático de la realidad era que los campesinos salvadoreños se matasen entre ellos por tener ideas distintas.

La segunda tesis llamaba a “empujar el carro de la historia”. Ellacuría respondió con esta metáfora a quienes preguntaban por lo que había que hacer. Cualquier actividad para revertir y cambiar la historia debía estar transida por una actitud humana y también cristiana. Ese “carro”, en mi opinión, puede ser un utilitario, un carromato o un auto de lujo, en casos contados. Puede rodar sobre buenas autopistas o por caminos pedregosos o enlodados. En cualquier caso, siempre hay que empujar el carro de la historia real, tal como la vivimos. No solo hay que conocer y juzgar esa realidad, también hay que empujarla, desde atrás hacia adelante, con nuestras fuerzas. Lo que no podemos dejar de hacer es empujar.

Al final de sus días, un periodista preguntó a Mons. Romero qué se podía hacer en medio de tanta violencia. Su respuesta fue: “el que no pueda hacer más que rezar, que rece”. La razón última para tener siempre algo que hacer fue: “que no se olvide que somos hombres”.

La tercera tesis de Ellacuría afirma que “salva la civilización de la pobreza”. Estaba convencido de que un mundo configurado por la civilización de la riqueza, centrada en la acumulación y en el gozo de lo acumulado, solo podría ser salvado por una civilización de la pobreza. Entre 1980 y 1989, abordó el tema en cinco ocasiones. Admiradores de Ellacuría, como Pedro Casaldáliga y José Ignacio González Faus, evitan la formulación “civilización de la pobreza” y la sustituyen por “civilización de la austeridad compartida”. Sin embargo, Ellacuría siempre mantuvo la voz “pobreza”, para proclamar una civilización que salvara y sanara a una sociedad enferma de muerte. No minusvaloró el lenguaje de la meditación de “las dos banderas” de san Ignacio de Loyola. A este cúmulo de actitudes, clarividentes y precisas, llamo antorcha.

Termino con las palabras finales del último artículo de Ellacuría, publicado en esta revista (16, 1989, 141-184), “Utopía y profetismo desde América Latina. Un ensayo concreto de soteriología histórica”.

La negación profética de una Iglesia como el cielo viejo de una civilización de la riqueza y del imperio y la afirmación utópica de una Iglesia como el cielo nuevo de una civilización de la pobreza es un reclamo irrecusable de los signos de los tiempos y de la dinámica soteriológica de la fe cristiana historizada en hombres nuevos, que siguen anunciando firmemente, aunque siempre a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos se avizora el Dios salvador, el Dios liberador.

Estas son palabras muy importantes y muy de Ellacuría.

A ellas quiero agregar el testimonio del P. Peter-Hans Kolvenbach, Superior General de la Compañía de Jesús, quien visitó El Salvador poco antes de que mataran a Ellacuría y a sus compañeros. He tomado el testimonio del Simposium Internacional Ignacio Ellacuría a los 30 años de su martirio, celebrado en la Universidad Loyola Andalucía, campus de Sevilla, el 12-13 de diciembre de 2019.

Les visité poco antes de que fueran asesinados y en la visita compartimos muchas cosas. Les dije que algunos padres de nuestros colegios de los jesuitas en América Latina me habían preguntado muchas veces, ¿por qué los jesuitas de hoy ya no son como los de antes? Hay tantos que son comunistas o izquierdistas...

En nuestra reunión les presenté esta pregunta a los jesuitas en la Universidad Centroamericana (UCA). Cuando les dije: al parecer todos ustedes son marxistas o comunistas, se sonrieron. Y el padre Ellacuría dijo: ¿Cree usted que nosotros daríamos nuestra vida por Marx y sus teorías? Somos compañeros de Jesús y éste es el misterio de nuestra vida.

El P. Kolvenbach añadió a modo de comentario: “Sabían lo que podía pasar, pero lo aceptaron como parte de lo que significa vivir como compañeros de Jesús, viviendo con Él el misterio pascual”. Y siguió:

Cuando hablé con ellos acerca de si sería mejor que abandonaran el país, me dijeron: “¿Abandonó usted el Líbano durante la guerra civil? No. No lo hizo. No es propio de nuestra espiritualidad abandonar al pueblo, precisamente, cuando la situación se hace difícil o incluso peligrosa”.

No tengo ninguna duda de que quien respondió fue el mismo Ellacuría.

Santa Tecla, El Salvador, abril de 2023.